

Escaneo semiológico

Lectura de dos escritoras venezolanas: Cristina Policastro y Ángela Zago

Manuel Bermúdez

Cristina Policastro en «Mujeres de un solo zarcillo»

Me gusta leer a Cristina Policastro, porque ella en sus novelas dice un poco más del 25% que las mujeres ocultan o silencian en la vida real. De allí que las heroínas de sus obras sean como el título de su tercera novela: *Mujeres de un sólo zarcillo*. En su novela anterior, *Ojos de madera*, (1994), Cristina hace un montaje narrativo, donde el confesionario se convierte en diván psicoanalítico y catártico. El sacerdote confesor, socráticamente, va preguntando. Y la protagonista que se confiesa va respondiendo. El confesor ahonda en sus preguntas, porque está enamorado locamente de su confesada. Pero ésta aparenta no saberlo. Y a medida que ella va contando sus “pecados”, va desnudando su cuerpo y su alma ante el sujeto amoroso, que la oye y no la toca. Leopoldo Alas, “Clarín”, en su novela, *La Regenta*, desarrolla un discurso amoroso parecido, donde la protagonista, la virtuosa doña Ana de Azores, se convierte en víctima del frío y calculador, Fermín de Pas, que es su confesor. Los personajes de Cristina, más sigloveinte en sus albedríos, discurren sobre el amor con más libertad y tiran el pudor por donde Ubú Rey arroja su conciencia.

En *Mujeres de un solo zarcillo*, (1998), la catira Policastro viste y desnuda a sus mujeres con una habilidad sorprendente. Cuando Cristina asistía al Taller de Narrativa que había en la Universidad Católica hace unos años, escribía unos relatos de largos períodos oracionales. Aquellos *logocarriles*

transportaban unos viajeros, que uno no veía de cerca. Eran celajes de vida. Intransparencias que viajaban a través de la sintaxis. Sin embargo, el lector intuía, en las cáscaras fonéticas, una semántica enigmática. Un día le dije que el escritor tenía que aflojar la muñeca, como los que aprenden a tocar *cuatro*, para que la música salga dócil. Y que ella debía golpear con las palabras, para que la leyera con atención. Al parecer la fórmula resultó favorable, porque en la contraportada de su primera novela, *La casa de las virtudes*, (1992), el presentador dice: “Esta escritora nos ofrece una historia dada en un plano doble, múltiples voces narrativas para entrelazar diversas situaciones de carácter insólito y fantástico, combinadas con una escritura donde se asocia la ironía, la gravedad y la factura de un lenguaje poético”.

Las oposiciones semánticas, casi siempre, convierten el texto en un ring de boxeo. En la diégesis o historia que se cuenta, los actantes se odian y se aman; se acercan y se alejan; se atraen y fusionan. Hay todo un juego proxémico de buenos y malos olores, sabores, de goces y sufrimientos. Y todo termina con un vencedor y un vencido. De esto, Cristina aprendió algo cuando trabajó para la televisión como libretista de telenovelas. Afortunadamente, no probó el néctar de la cursilería. Por el contrario, allí afinó las cuerdas para el buen uso y manejo de la ironía y el suspenso, recursos literarios muy útiles, en estos tiempos de anorexia de la palabra y bulimia de la imagen.

Mujeres de un sólo zarcillo (Ed. Planeta) es un proyecto novelesco, donde se mezclan el reportaje periodístico, el suspenso cinematográfico, el *affaire* amoroso, el lavado de dólares y la pesquisa paródica-policial de los Sherlocks de la DEA. Apetitoso menú para bulímicos. Y cartesiana dieta para anoréxicos. Como periodista, egresada de la Católica, Cristina pertenece a una generación de mujeres que se cortaron las largas cabelleras para que fluyeran las ideas. En vez del lorito-grabador de informaciones, ella repasó viejos reportajes periodísticos, sobre el sonado caso de una bella narcotraficante colombiana que estuvo enredada con un pulcro magistrado venezolano. Y luego desapareció de la escena pública. El sólo tema de la licencia y la prudencia es un buen ingrediente novelesco. La narrativa norteamericana del siglo pasado lo trató con mucho tino en *Sister Carrie* de Teodoro Dreiser. Cristina Policastro, en su novela, lo trata desde diversos puntos de vista, en las relaciones amorosas de las siguientes parejas: a) Estela Sánchez Dragó y Virgilio Ibarra Godoy; b) Alejandra Berrizbeitia y el mismo Virgilio; c) Gisela y Julio Ibarra Godoy; y d) la flaca Teresa Ibarra Godoy y el gringo Walter Telly, personajes que urden las tramas y subtramas

de la historia que se cuenta. Tanto el reportaje periodístico como los asuntos amorosos están manejados con hábil suspenso cinematográfico y televisivo. La elipsis y el *link* son buenos recursos técnicos y estilísticos en estos casos, porque le permiten a la narradora no caer en explicaciones farragosas e innecesarias, o en el *logocarril* de sus primeros relatos, cuando estudiaba Letras en la Universidad.

El tema del narcotráfico y de su persecución por parte de los ases de la DEA, es nuevo en Venezuela. Los colombianos, que yo sepa, lo han venido tratando más que todo desde el punto de vista periodístico. (Salvo el Archie García M. que ya le puso la mira). De todos modos, lo que queremos decir es que Cristina Policastro, en este nuevo ensayo novelesco, asoma y empieza a desarrollar una importante propuesta temática: el enfrentamiento de una apetitosa *Heroína* del Narco, versus el hambriento y bicéfalo *Héroe*, que es el Poder, representado por los tigres de la DEA y los cunaguaros de las repúblicas latinoamericanas.

Yo siempre he sido un lector malpensado, por no decir *heurístico*, como diría la nueva crítica. Y cuando vi los desplazamientos brillantes de Estela Sánchez Dragó, “mujer casi mítica (como dice Cristina), que recuerda a Lady Godiva, a María Lionza, a Doña Bárbara, a las Amazonas y tal vez ¿por qué no? a Artemisa, la diosa griega de la caza”, me dije: ¡esta mujer es una *Nota* y le lleva *una mula* de ventaja a doña Blanca, doña Ceci y hasta la mismísima doña Hilary! Esta mujer es el poder detrás del trono. Y en éste, mejor dicho, en el trono de la ficción narrativa, ¿quiénes están? Pues, un machazo adeco, Virgilio Ibarra Godoy, ingeniero de satélites, graduado en la Universidad de Yale y Ministro de Transporte y Comunicaciones de Venezuela. Y un aprendiz de macho, Walter Telly, tigre de la DEA, que anda en la cacería de Estela Sánchez Dragó, que ahora se llama Carmen Victoria Suárez.

En la novela, las peripecias de persecución del Tigre Telly a la tigresa colombiana del Cartel de Cali son episodios que saltan, como dice el novelista Denzil Romero, de las páginas rojas de los periódicos a “la reelaboración artística del proceso sobre la base de distorsiones, omisiones, imágenes personales y demás recursos consabidos”, así como también a la “tensión del relato y el añadido de unos cuantos personajes masculinos y femeninos, solos, fracturados, inconformes, que completan el amplísimo espectro humano de la obra”. Y Denzil sabe de esto, porque él toma el *hardware* de la historia y lo convierte en *software* novelesco.

Pero hay algo más. En esta Guerra de Troya que han montado los Agamenones, Aquiles y Ulises de la *Drug Enforcement Administration* (DEA) contra los Carteles colombianos y de otros lugares, no hay héroes en

uno ni otro bando. Como los personajes de las grandes novelas de Dreiser, Cristina los echa a andar, los encumbra; y cuando están bien arriba, los deja caer, como la manzana de Newton; y los tipos quedan sentados, de culo, como los *mamíferos de parmalat*.

El ángel de la Zago

Emprender la lectura de *Existe la vida*, después de haber leído *Aquí no ha pasado nada*, ambas obras de Ángela Zago, significa una cierta expectativa. *Aquí no ha pasado nada* es un relato de experiencias guerrilleras, donde el discurso fluye como un río de montaña. El agua clara de la prosa corre airosa y curvilínea entre riscos y peñascos; y luego se arremansa en pequeños pozos y hondonadas, hasta que al fin se pierde en el estuario de la historia.

Existe la vida se desarrolla en la gramática distributiva de la ciudad, donde el personaje narrador hace vida clandestina, después del trabajo guerrillero; y trata de organizarse en el espacio matrimonial de un apartamento con grandes fracturas afectivas; así como también en el ámbito libertario de una universidad que aún sigue siendo cuartel de refugiados que bajaron de la montaña y de gente que todavía piensa en la guerrilla urbana.

Como en la parábola que utiliza Einstein para explicar las ideas de *posición, espacio y tiempo*, sin fórmulas científicas que amedrenten al lector, la narradora va describiendo su posición de esposa de un marido a quien no quiere; y del *espacio* y el *tiempo* en que se mueve. En su explicación sobre la *relatividad* Einstein dice: “me encuentro en la ventanilla de un vagón de ferrocarril animado de un movimiento uniforme y dejo caer una piedra sobre el terraplén sin comunicar a aquella impulso alguno. Veré entonces (prescindiendo de la influencia de la resistencia del aire) que la piedra cae en línea recta. Un peatón que observa la fechoría desde la carretera nota que la piedra cae a tierra según un arco de parábola. Pregunto ahora: las “posiciones” que recorre la piedra, ¿se hallan “en realidad” sobre una recta o sobre una parábola?”

Ángela Zago, al comienzo, no sabe cómo organizar el tiempo. El día parece acortarsele más y más mientras recoge sobrados del fregadero, lava platos, monta ollas, limpia la cocina y sale del trajín para ponerse a estudiar la materia de un examen para el día siguiente. Toda esa energía y esa acción ¿son una línea recta o una parábola de la vida? Visto desde esta perspectiva, el discurso narrativo aparece, más que como el comienzo de un relato, como una propuesta o como un argumento existencial, en el que la vida es un callejón que, tarde o temprano, desemboca en el tedio y el desencanto.

Para ese tiempo las palabras de Sartre se cotizaban bien en la universidad y las tertulias. Y las banderas del feminismo empezaban a flamear con vigor masculino. Mas el relato novelesco no se enrumba por esos laberintos. Por el contrario, busca sus propios cauces y salidas. Hay momentos en que surge la provocación: “¿Has visto? Esa cuerda de locos y locas disfrazadas de harapientos... Esas mujeres medio desnudas gritando por las calles...¡qué locura!, ¡falta de padre! ¡falta de autoridad!”, dice el marido, refiriéndose a los *hippies* y a los sucesos de París en mayo del 68. Pero el razonamiento no se convierte en choque de *protones* y *neutrones*. Y el relato continúa su curso buscando en primer término una explicación política e ideológica de la crisis por la que atraviesa el golpeado Partido Comunista de Venezuela; y más aún, la crisis de la propia protagonista, quien en un juego de *flash backs* narrativos va atando recuerdos y vivencias de la infancia en los que el padre, la madre y el hermano se van incorporando dentro del discurso novelesco, para impregnarlo de un aire de nostalgia y afectividad.

Así mismo entran en juego los intereses partidistas de grupos estudiantiles que oscilan entre el *bonche* y la guerrilla, entre las acusaciones falsas y la amistad leal. A esa altura de la historia, el discurso narrativo se convierte en un río sin orillas, donde maquinaciones y conjeturas políticas tienden a obstaculizar el cauce del relato. El referente histórico era demasiado fuerte. Los que fracasaron en la guerrilla no encontraron acomodo en ningún lado. Algunos se *tostaron* psicológicamente. Otros se desquiciaron de la lucha armada y terminaron en choros y malandros. Y muchos se dedicaron a *chulear* en la bohemia y la política, degenerando en la delación y el *sapeo*. Pero la narradora, tras un buen golpe de timón, no cae en el charco rojo del relato testimonial.

Tanto en lingüística como en literatura, el nivel pragmático del texto juega un papel importante, porque el lector y el contexto son factores decisivos de la vigencia y la permanencia de la obra. Los comunistas y anticomunistas que leyeron, hace más de cuarenta años, *La noche quedó atrás* de Jan Valtin, expresaron su desacuerdo o acuerdo, respectivamente, de que se trataba de un alegato novelado contra el sistema comunista que se inició en la URSS en 1917. Los lectores del *Doctor Zhivago* de Pasternak, pudieron asumir una actitud menos virulenta. Lo mismo podría decirse de algunas novelas norteamericanas de John Steinbeck y Howard Fast. *Existe la vida* de Ángela Zago, no es un alegato en pro o en contra. En esto descansa su validez como obra de creación y no como obra de compromiso político que busca la adherencia del público. Sin embargo, es mucho el *ñángara*, confeso, cobarde, renegado, enchufado o chamorreado que va a encontrar mucho de *su energía*, parafraseando un poco a Elizabeth Shön, *esparcida* (como ceniza) *por el ámbito formal de la obra*. Porque en la misma, hay un *ángel* que va hilvanando las palabras, los recuerdos, las vivencias. Y esto pega en la conciencia del lector.